



## LA VIDA DE LOS LOCOS, EL JUEGO DE MICAELA

Leandra Zrycki\*

**M**icaela tiene siete años y cursa segundo grado. Vive con su mamá, Silvia (de veinticuatro años), su papá Carlos (de veintiocho) y su hermano Juan (de cinco). Consultan porque Micaela tiene dificultades con el aprendizaje escolar. Y en la casa está muy rebelde.

### Palabras de Silvia

Silvia concurre sola a la primera entrevista a padres. Menuda, aspecto abatido, parece mayor de lo que es, descuidados sus dientes y su pelo, un brillo permanente en los ojos, como de lágrimas. Se lamenta amargamente pero, cuando habla de Micaela, su aspecto lánguido se aviva, en una resuelta queja: se distrae en la escuela, no copia del pizarrón, siempre anda tratando de darle charla a las compañeras; en los recreo anda sola, o buscando a sus tíos, que están en 7° grado. Ya no sabe cómo retarla; Micaela llora, grita, dice que nadie la quiere y todos están en su contra; extraña Cardales, su pueblo natal, y les echa la culpa por haberla traído a Buenos Aires hace dos años. El último recurso fue amenazarla con llevarla al psicólogo *“y te aviso que no quiere saber nada; mi marido tampoco, dice que si no podemos arreglarlo nosotros qué nos va a solucionar alguien de afuera”*. Finalmente dirá que ella tampoco cree en esto, que siempre le han dicho que debía consultar, porque le ocurrieron cosas muy duras, pero nunca quiso; sólo ahora *“porque es por mis hijos”*.

*“El papá tiene locura por Juan; cuando él nació, Micaela perdió todo el protagonismo. Ahí me apegué un poco más a ella, nos hicimos más compañeras, para que no se sintiera tan sola; nunca pensé que iba a traer problemas; no la entiendo, de chica yo tuve peores problemas y salí adelante. Mis papás se separaron cuando yo tenía siete años; una noche, mi mamá entró a mi cuarto y escondió un cuchillo, decía que mi papá la quería matar; yo escuchaba los golpes y los gritos; al rato quiso que me fuera con ella. No pen-*

---

\* Licenciada en Psicología. Alumna de la Carrera de Especialización en Psicoanálisis con Niños de UCES (en convenio con APBA).



*sé que se iba de verdad. Me quedé con mi papá y me dejó con mi abuela paterna, pero ella se cansó de tenerme y tuve que volver con mi mamá; empecé con problemas en la escuela, me llevaba mal con las maestras; me criaron mis abuelos maternos; estaba en casa de ellos todo el día”.*

La historia es una sucesión de episodios dolorosos. Cuando dice “salí adelante” se refiere a que sobrevivió y hoy está aquí. Pero el psiquismo lacera- do no ha encontrado en su desarrollo vivencias calmantes que permitan or- ganizar lo “malo”, estructurarlo como experiencia utilizable, señal de un re- ducto doloroso, pero representable. Este exceso parece haber detenido al psiquismo en su desarrollo, cercenando las posibilidades de investir a otro como diferente. Su dolor reactualizado en Micaela, es desesperación; no la une a ella la ternura, el reconocimiento de la hija como otra, que sufre y necesita del cuidado de los adultos, de un reconocimiento genuino y pro- pio; en el psiquismo de Silvia la representación “hija” se halla inscripta acorde a lógicas arcaicas, a enlaces primarios: simultaneidad fusional, ana- logía especular. Micaela es ella misma abandonada por el papá, su vivo re- flejo penante y desvalido. Frente a la hija que la espeja, ella es una nena de siete años que no sabe qué hacer.

*“Micaela tenía un año cuando mi hermano Dieguito, de quince, murió en un accidente de moto; desde ahí, mi mamá es una muerta en vida, la casa parece un santuario con fotos y flores; va al cementerio todas las semanas. Mi papá hacía planes con Dieguito, salían juntos. Ya no hace más nada. Con mi mamá apenas se hablan. Mi abuela materna murió cuando yo esta- ba embarazada de Micaela. Mi abuelo materno volvió a hacer pareja; se suicidó hace tres años, después de matar a su mujer”.*

Silvia encontró abuelos maternos, experiencia que operó como pincelada calmante; un sedante que, sin la fuerza necesaria para reparar, permitió que la angustia menguara y así “siguió adelante”. Pero Micaela sólo encuentra a otros atrapados en su sufrimiento; no halla espacios de calma, que acoten el dolor, para pensarlo; mucho menos espacios de placer, algún otro que la haya esperado como deseada y bienvenida. La nena de hoy es Mi- caela y Silvia juntas; el grito de una, desencadena como un eco el llanto de la otra y viceversa.

Sin embargo, Silvia parece anestesiada. Estalla frente a Micaela, pero ape- nas lagrimea un poco cuando habla de muertes, accidentes fatales, suici- dios, asesinatos, golpes, temores y abandonos. Este psiquismo doliente no encuentra un lugar ni recursos con qué metabolizar la vivencia. Los suce-



sos se mencionan vaciados de su contenido penoso y desconectados entre sí, sin siquiera un atisbo de relación con los hechos de la actualidad.

Su abuelo materno maltrataba a la abuela y bien sabe ella que golpeaba a su segunda mujer, a quien asesinó antes de suicidarse; en referencia con este hecho, exclama: **“¡cómo le dejaron un revólver! ¿y si después no tenía el valor para matarse, e iba preso?”** En sus relatos, la sexualidad y la muerte circulan “salvajes”, reales, como probabilidades que la asustan o hechos consumados que la apenan. Pero sin problematizarlas. Ella no cuestiona ni el crimen ni el suicidio.

Sumado a esto, en los últimos dos años ha muerto el padre de Carlos, a raíz de un cáncer *“que lo fulminó en veintisiete días”*. Ella perdió un embarazo de tres meses: *“quedé embarazada con el DIU, me lo sacaron recién a los dos meses, por las pérdidas. Trabajaba en una estación de servicio, no les importó que estuviera embarazada; tenía que hacer trabajo de hombre, levantar cajones; renuncié y al otro día empecé con contracciones. En el hospital dijeron que podía tener una infección y me mandaron a mi casa. Al otro día lo perdí. En el hospital me hicieron el raspaje. Estuve un mes sin hablar, no quería que nadie se me acerque, casi ni me podía ocupar de ellos; Carlos lo tomó con más calma, es más frío, no demuestra lo que siente. Un día le contesté mal y me dijo: se terminó, así no seguía y así salí”*.

Sabe que Micaela estaba contenta por la llegada del hermanito, también recuerda que el año en que murió el abuelo *“todo era un caos en la familia”* y Micaela debió abandonar durante cuatro meses el preescolar *“porque se portaba mal, lloraba, le pegaba a las maestras”*. Pero no recuerda haberle explicado lo ocurrido, *“para que no sufra”* o *“porque no pude ocuparme”* o *“porque no sabía cómo”*. El dolor se escinde, es alejado de toda posibilidad de representación. Para *“salir adelante”*, no se debe llorar, sino sufrir en silencio, como si, de este modo, lo ocurrido, nunca hubiese ocurrido. Pero el dolor duele y, más aún, cuando no hay palabras que permitan ligarlo.

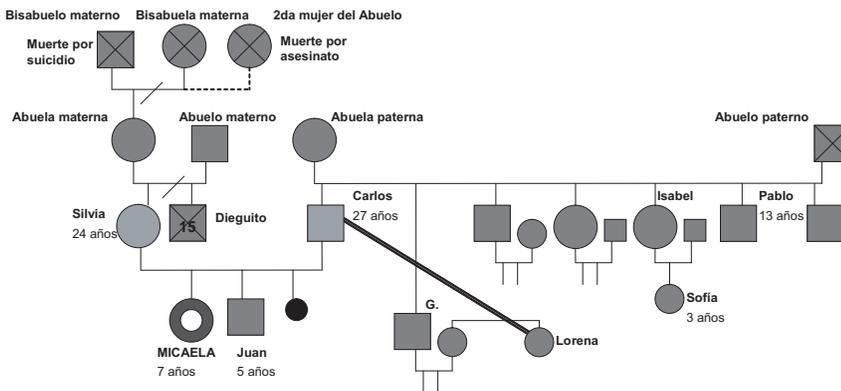
Llegaron a Buenos Aires empujados por la pobreza del pequeño pueblo. Se instalaron en un barrio de emergencia, lejos de la escuela a la que Micaela concurre, porque a Silvia no le gusta la gente de la villa y no quiere que sus chicos alternen con los vecinitos. Pero tampoco pueden alternar con compañer@s del colegio, no pueden concurrir a sus cumpleaños ni a sus casas: por la distancia, es muy dificultoso ir a buscarlos. Se vinculan con prim@s, herman@s, cuñad@s y suegr@s.



Se preocupa porque Pablo, hermano adolescente de Carlos, abusó de una sobrinita de tres años. Todos lo saben, pero nadie quiere saber bien qué pasó y nadie lo menciona. Silvia le prohibió a Micaela acercarse al tío (que concurre a la misma escuela que ella y con el cual interactúa en todos los recreos). En las reuniones familiares intenta retenerla, abrazándola, para evitar que se contacte con él. La prohibición y la fuerza en el lugar de la explicación franca: nunca le ha dicho a Micaela por qué no jugar con Pablo. Y lo paradójico es que a Micaela no se le permiten amiguitos, sólo se le permite interactuar con la familia.

En una reunión familiar, Juan se le escapó y apareció al rato, con gesto desencajado, diciendo que Pablo lo tocó. El padre "lo agarró a Pablo del cuello y lo cagó a trompadas". Silvia pregunta si debe consultar por Juan, porque ella lo ve bien. Le pregunto si pudieron hablar de lo ocurrido con él: "No, Carlos dice que para qué estar removiéndole, que hagamos como que no pasó".

## Genograma de Micaela

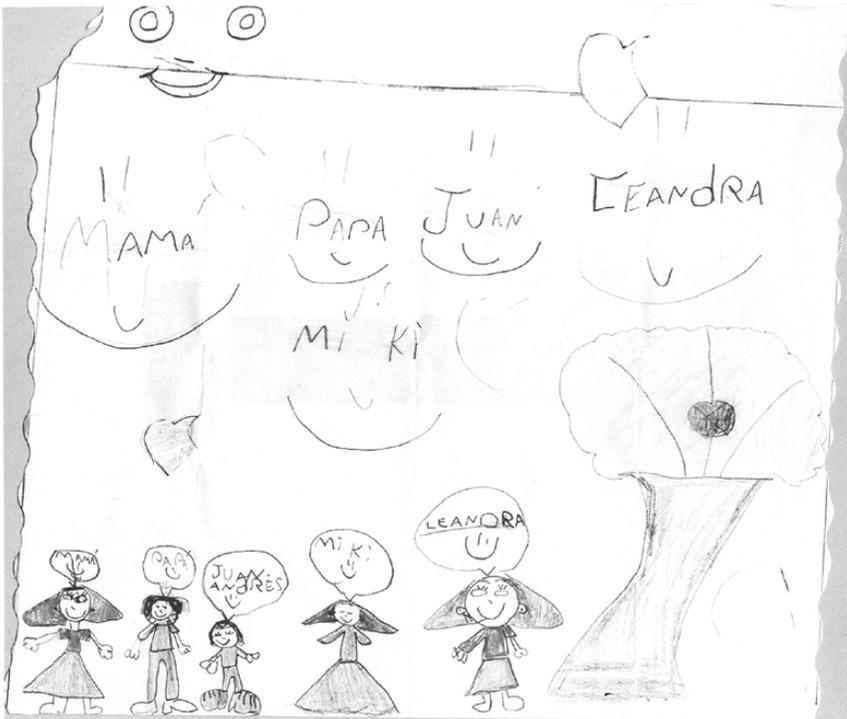


## Palabras de Micaela

### ¿Micaela no quería venir?

Desde la primera sesión, habla sin pausa. Dice que está contenta, le contaron que vamos a jugar, a dibujar, que soy buena y que la voy a ayudar a

resolver sus problemas, aunque no sabe cuáles son. Me cuenta historias de prim@s y amig@s, de películas y cuentos, de infinidad de objetos que le pertenecen (juguetes, muñecas, ropa, su casa del pueblo y su casa de acá). Cuenta muchas anécdotas familiares en un tono risueño y calmo. Se enreda con los nombres, con las edades, cuando intenta explicarme las relaciones de parentesco entre una multitud de abuelos, tíos, sobrinos, primos. La detengo, le voy preguntando quién es quién. *“Se me confunden ¡Es que tengo tanto quilombo de tíos! Hay tres familias y en una son como cuarenta, en otra cincuenta...”*. Le propongo que dibuje a su familia (Dibujo 1). Dibuja cinco figuras, las nomina: mamá, papá, Juan, Micaela, Leandra (estoy a su lado, soy la figura más grande). Enseguida me trae dibujos de regalo, una casa con árboles y corazones: así se imagina mi casa (Dibujo 2). Prácticamente no se acerca a la caja de juegos. Parece que prefiere hablar, yo me intereso y, enseguida, como si una varita mágica la hubiese curado, mejora en la escuela, atiende, saca buenas notas. *“Me habrá picado un mosquito”* –dice- *“la maestra llamó a un ángel amigo que entró por la ventana y me*



Dibujo 1



Dibujo 2

*puso las pilas. No sé cómo hizo, a mi mamá no le pidió permiso”.*

Parece innecesario comentar el fenómeno. Micaela tenía cosas que decir, que no interesaban a nadie, que molestaban en la escuela y en la casa. Silvia me ha dicho *“es como Carlos dice: en otros lados es divina, pero en casa es una yegua, guaranga, escandalosa”*. Me cuesta unir esa imagen a Micaela. Su riqueza de vocabulario me sorprende; a veces se detiene para buscar la palabra exacta: *“¿cómo se llaman las que hacen tortas, como Maru Botana? ¡Eso, reposteras!”*, *“pasó algo que me re-ambustió”*. Cómo soslayar la contratransferencia: es una molestia para padres y educadores ¡y a mí me parece tan inteligente! Ella recibe mi interés, se percibe diferente porque le devuelvo una imagen diferente. Y mejora. Por unas semanas creímos (todos) que el caso estaba resuelto. Pero qué tan lejos estaba de resolverse.

### **Micaela, sí quiere venir**

Silvia me pide adelantar la hora de sesión, *“porque no llega al horario de comedor”*. Micaela, una vez a solas en el consultorio, me dice: *“Me puse triste y casi lloro, porque tenía miedo de que me haga venir menos tiempo”*. Vuelve a distraerse y me lo dice, se le pierden los trabajitos del colegio, no ve un poste de la calle y se golpea, quiere traer sus muñecas a la sesión y



se las olvida. *“Estoy tan aburrida, en Buenos Aires tengo dos amigas y ahora con vos son tres; ¡son poquitas! Ya no me gusta hacer nada, sólo venir acá. Cuando mi abuelito vivía y yo vivía en el pueblo, jugábamos con él”*. Comienza a hablar de los accidentes en su familia, una vez se cayó y se clavó un cuchillo, un primito golpeó a su hermano con un martillo, el tío Dieguito se cayó de la moto y se murió, de chiquito el papá se cayó a un pozo: *“estamos en la vida de los locos; somos los Locos Adams”*.

Hasta que un día Silvia, hecha una furia, me pide pasar al consultorio. Una vez allí se exalta hasta romper en llanto: *“de nuevo empezó a no hacer nada y me preguntan qué pasa y ya no sé que más decirles; cuando empezó a venir hacía todo bien y ahora de nuevo se distrae; yo me esfuerzo, dejo el trabajo por traerla, pero otra vez lo mismo. Ella no dice nada, baja la cabeza, llora. Ya no sé qué más hacer, me llaman de la escuela, me preguntan por qué si la saco todas las semanas para traerla, no mejora”*.

Las exigencias cotidianas hacen eclosión. Silvia recibe los requerimientos hacia Micaela como propios y no puede tomar distancia. Corre hasta el consultorio, donde los expulsa, se enoja, me reprocha; yo recibo y le devuelvo el enojo, con calma, sin restarle importancia, pero de un modo que ella pueda tolerar. Quizá haya sentido que le arrebató su imagen, su mitad, su propiedad; o quizá fue Micaela quien se la arrebató, desde el espacio de terapia, ese espacio propio al que Silvia se rehusó tantas veces, rechazado y anhelado a la vez. Silvia necesita de Micaela, es su sostén identitario, un reencuentro ilusorio consigo misma, que da consistencia a su frágil estructura. Un psiquismo lacerado no puede tolerar la diferencia. Mientras el consultorio fuera un castigo, estaba admitido. Cuando se vislumbra por ambas como un espacio de pertenencia para una de ellas, la diferencia “yo-otro” se hace visible e insoportable.

Micaela parece contener las lágrimas, hasta que Silvia se retira y entonces rompe en llanto.

*“Mi mamá dijo que hice mal las cosas de la escuela y no me va a traer más. A mí me gusta venir. Le tengo mucho miedo a mis papás, no sé por qué. Un día, mi mamá lloraba y se cortó los dedos con el ventilador. Me pidió que le alcance un cuchillo y se cortó [las muñecas] ¡Yo no sabía lo que iba a hacer! Decía que mi papá la engañaba con Lorena, la niñera de Juan y mía, la cuñada de mi tío G, hermano de mi papá y era verdad porque, un día, mi mamá no estaba y yo los vi abrazados en la cama y, después, la veíamos en la calle y mi mamá no le hablaba y yo le decía “hola Lorena” y ella me*



*miraba con cara de enojada, como diciendo "no digas nada".*

*"No me acuerdo que sentí. Lo mismo que con mi abuelo y mi mamá, no me quiere mostrar las fotos y ni me acuerdo la cara, no sé si era gordo, flaco, viejo, joven, bueno, malo. Dice que me hacen mal, pero me hace más mal no verlas porque ya ni me acuerdo cómo era".*

Lo visto y oído se oculta bajo pena de muerte. El lema de familia: "Lo que se percibe no existe, si no se lo menciona, si no se lo piensa". Obligación de coartar los circuitos de pensamiento, de escindir una parte de la experiencia y, con ella, aquellos fragmentos del yo, que la percibieron e intentaban metabolizarla.

Cuando la prohibición es a pensar, el psiquismo de un niño no puede discernir qué pensar y qué no; el pensamiento va constituyéndose con "lagunas", sectores psíquicos fragmentados, que no pueden ligar la experiencia. Y, difícilmente, puedan adaptarse al aprendizaje escolar. Recuerdo palabras de Silvia: *"cuando hay una reunión familiar, siempre está pendiente de lo que conversamos los grandes; la mando a jugar con los chicos y ella se esconde en un rincón, espiándonos"*. Cómo atender al pizarrón, si toda la atención está destinada a percibir qué volcán puede explotar.

De a poco, Micaela fue cambiando el tono, el llanto cesó y fue retomando un relato alegre, nuevamente las anécdotas familiares, con el abuelo, los fines de semana en el campo. Micaela obedece al mandato familiar: cuenta historias en tono de comedia, desconociendo toda secuencia dolorosa; sólo cuando la angustia la desborda, explota el drama. Porque lo visto y lo oído se le imponen al pensamiento como una realidad experimentada e insoslayable.

Micaela me había dicho: *"sólo acá me gusta hablar de mi familia; cuando hablo en el colegio mis compañeras me dicen: lora, callate"*. Cómo atender al pizarrón, si la atención está destinada a encontrar un interlocutor que tolere los rodeos cómicos que el psiquismo se ve impelido a dar, hasta llegar a la denuncia dramática. Y que pueda soportarla, cuando llega, en un silencio que ya no será cómplice, sino condición necesaria para crear un ámbito donde sí se permita pensar la muerte y el dolor que acarrea.

En las sesiones siguientes, comencé a acercarme al sufrimiento, mencionándole episodios que ella me había contado en momentos de crisis. En



tonces, cambiaba de tema. La palabra apunta a vincular las representaciones del proceso secundario, con las representaciones cosa, retoños que amalgaman experiencias de la actualidad con vivencias y fantasías de la temprana infancia, reprimidas por resultar intolerables para la conciencia. Pero aquí no se trataba de develar las conexiones de una trama, sino de transformar vivencia en elemento psiquisizable; se trataba de estructurar la trama misma. Finalmente, la narración no era sino parte de la defensa: hablar de cosas agradables en un discurso cerrado y sin pausa, un bello relato mascarada, para esconder lo doloroso latente, a punto de irrumpir, imposible de entamar. Micaela necesitaba otra cosa, su dolor sabía sustraerse a las palabras. Necesitaba jugar.

## Dos intervenciones

### Un lugar para las palabras de Silvia

Silvia no acepta buscar un espacio terapéutico propio. Sólo acepta éste, porque se trata *"del bien de Micaela"*. Ante mi insistencia al respecto, comienzan las ausencias y los retrasos.

Sin posibilidades institucionales de trabajar en horarios diferenciados, consideré que lo peor sería dejar a Micaela a merced de una mamá que, desbordada, amenazaba permanentemente con interrumpir el tratamiento. Ocupé varias sesiones en el trabajo con ella.

Poco a poco, va ubicando algo del malestar en relación con su pareja, una relación tormentosa desde su inicio, un noviazgo violento, celos y desconfianza. Logra contarme algo acerca de las infidelidades de Carlos, dice que sufrió mucho y hasta intentó matarse. Comienza a percibir que Carlos ha tomado siempre las decisiones y que ella ha aceptado, sin estar plenamente de acuerdo.

Un día me anunció que el tratamiento de Micaela debía concluir en dos semanas. Había decidido separarse y volver al pueblo con los chicos. Significó una abrupta interrupción del análisis, pero no me opuse. La situación familiar debía ser realmente más peligrosa de lo que Silvia podía verbalizar. Pautamos un par de entrevistas, luego de las sesiones de Micaela, para ayudarla a prever dónde se ubicarían, con qué recursos mantendría a los chicos, a qué escuela los enviaría; contener el desborde de su enojo, ayudarla a hablar, a enojarse diciendo, para evitar que se enojara hiriéndose.



## Un lugar para el juego de Micaela

### Primer juego

*“Adiviné”, me dijo una vez Micaela, al entrar al consultorio. Interrogo “¿Qué adivinaste?” “Siempre me imagino en qué cuarto vas a estar y hoy pensé que ibas a estar en éste. Acerté”. En el hospital no había un consultorio asignado para cada terapeuta. Nos ubicábamos en el que quedara libre al momento de la sesión; cada semana, un consultorio diferente. Micaela titubeaba, transitaba el pasillo tímidamente y sólo una vez que le indicaba en qué consultorio trabajaríamos, parecía resuelta. Su preocupación por el desarraigo se desplegaba en el tratamiento: “mi muñeca no tiene ojos, ni boca; se los pintás como querés; cambia, como vos, que siempre estás cambiando de lugar”. Y la transformó en juego. ¿Cómo constituir un espacio estable, al cual pudiese llegar todas las semanas esta niña desalojada de todo espacio? Puse palabras: “Ya ves que todos los consultorios están en un lugar más grande, que es el hospital. Y yo siempre estoy acá. El consultorio cambia, pero siempre encontramos un lugar donde trabajar; es interesante tu juego, vamos a jugarlo”. Comenzó a jugarlo como una adivinanza: a veces acertaba, otras no. Y, de todos modos, siempre había un lugar. De otra forma, se hubiese repetido la experiencia del no lugar, la vivencia del destierro.*

### Segundo juego

Micaela hablaba y siquiera miraba la caja de juegos. En el hospital no había lugar para guardarla, era difícil de trasladar y, durante un tiempo, la creí innecesaria. Error que perduró, hasta que advertí el mecanismo de la paciente. Para estructurar psiquismo, hacer de la vivencia, experiencia elaborada, ligarla consigo misma, hacer de ella materia psíquica, trama representacional, Micaela necesitaba jugar. Volví a llevar la caja de juegos, la esperé en el consultorio con la caja destapada, bien visible, sobre el escritorio.

Quando ya sabíamos que el tratamiento concluiría, intenté acercarme al tema. Micaela habló poco: *“Nos vamos el viernes. La primera noche voy a dormir en lo de mi madrina y Juan en lo de mi tío Ale, hasta que mi mamá acomode todo. Vamos a vivir con mi tía Isabel, con Sofía, con mi tío y la bebíta que está por venir. Pero en cuartos diferentes, ellos cuatro en un cuarto y nosotros tres en otro. Mi papá se queda en la casa de Buenos Aires, por ahora, después la tiene que dejar y no tengo ni idea qué va a hacer de su vida, porque no nos dice nada a nosotros tres. Pero me dijo que va a*



*poner dos camitas cuchetas, para cuando vengamos a visitarlo. Me dijo que nos va a venir a ver y yo le dije “¿cómo, si tenés el auto roto?” y me dijo “no importa, quedate tranquila que voy a ir”. “Igual casi no lo veíamos, no nos daba bola, siempre estábamos nosotros tres”. No quiso hablar más. Se apresuró a armar un supermercado, con biromes, juguetes y papelitos, armó la caja registradora y los estantes. “Dale, juguemos. Por acá se entra. Primero venías a comprar vos”. Jugamos moviendo los dedos, como si fueran los personajes de la escena.*

### Escena 1

Entro al súper, pregunto los precios, meto mis productos en la canasta. Ella me indica que pague en la caja. La registradora es una calculadora con forma de gata, que ella me regaló una vez. Teclea los valores, se desorienta cuando debe sumarlos, hace la cuenta varias veces, se pone nerviosa, repite: “¡Ay, me perdí!”. Siempre comete el mismo error, suma los centavos como si fueran pesos. Le digo: “¡Ché, me sale carísimo!”. Se ríe e intenta nuevamente; nota el error, pero vuelve a cometerlo en cada intento. Hacemos la cuenta juntas. Me toca pagar. No tengo billetera y Micaela quiere una, quiere fabricarla como a mí me guste, me hace elegir el papel. Recorta, hace pliegues, pega, busca una cinta adhesiva que creyó ver en sesiones anteriores, pero no está. Usa Boligoma, poquita, para no gastarla. Escribe: “De Leandra”, con su birome dorada; me da la billetera. Pago lo que compré.

### Escena 2

Soy la cliente. Micaela me dice: “*tengo poca mercadería porque ayer nos asaltaron y nos sacaron todo. Al dueño del súper le pegaron un tiro en la cabeza. No sé como está porque lo internaron y no nos dijeron la dirección. ¿Qué vas a llevar?*”.

No acepto cambiar de tema: “¿Y vos, cómo estás?”

**Micaela:** “Bien, me escondí arriba y no me vieron, dale ¿qué vas a llevar?”

Acepto el rodeo, ya podremos volver.

**Leandra:** “¿Las galletitas a cuánto están?”

**M:** “Si querés dos kilos y tenés bolsita para llevarlas sueltas, te las regalo, porque queremos que se terminen, así reponemos y traemos cosas nuevas,



el lunes. El jugo nuevo que salió en la tele, también te lo regalo”.

En la caja registradora ella es otra persona. Y entonces aprovecho: “La chica de la góndola me contó del asalto ¡Qué terrible!”.

**M:** “Sí, le pegaron un tiro al dueño. Yo me escondí arriba porque ahí tengo un revólver y les iba a disparar, pero ya se habían ido. Siempre lo uso, ya es la cuarta vez que nos asaltan, las otras veces los eché, pero ahora, cuando bajé, el dueño ya estaba en el piso, con un disparo en la cara. Ahora estoy esperando que me pongan la reja y las alarmas”.

**L:** Pero, ya van cuatro veces que roban ¡y recién ahora ponen rejas y alarmas!

**M:** “No, ya teníamos, pero no les importa, rompen todo y entran igual. Igual no lo quería mucho al dueño, porque trajo a trabajar a mi hermana y para pagarle me sacó las propinas”.

### Escena 3

Me toca ser la vendedora. Ella pregunta el precio del jugo, la coca-cola, la ensalada de frutas. Yo le digo precios altos y los lleva igual.

**L:** Eeee ¡Cómo estamos! Te estás eligiendo todo lo caro.

**M:** “Sí, porque me separé y me fui a vivir con un millonario, ahora vivo en una mansión. Es el hijo de un presidente ¿cómo se llama? Antonito De la Rúa. Me separé de Julián porque estábamos mal. Yo estaba enamorada de él, pero él se acostaba con otras mujeres. No quería que lo deje, pero yo ya me cansé ¿viste? A Antonito lo quiero, aunque no estoy muy enamorada, porque a veces no salimos. Bah, pero el otro día me dijo: “te tengo una sorpresa” y me llevó a comer a un restorán con velas, flores, música. Ahora estoy comprando cosas para hacer una comida re rica, no, mejor para el postre”.

**L:** ¿Vos tenías hijos?

**M:** “No, soy joven, tengo veinte años. Me casé hace un montón, me puse de novia cuando era chica. Estoy un poco triste porque lo quería, pero ya me tenía cansada, no me dejaba hacer nada, no me dejaba salir, no me dejaba ir a ningún lado. Y él salía con otras. Ahora estoy mejor”.

**L:** ¿Ya te tenía cansada? ¿Y por qué esperaste tanto para separarte?



**M:** “Porque me daba miedo que se enoje. Me tuve que ir escondida a la oficina donde hacés los trámites para separarte y me dieron un papel. Cuando volví a casa, él me estaba esperando. “¿Dónde estuviste metida todo el día vos?”. Y yo le dije: “haciendo las compras, cerrá los ojos” y cuando los cerró le agarré la mano y le hice firmar el papel sin que se dé cuenta y ahí me fui corriendo a la oficina y me separé. Fue re fácil al final”.

Compra tanto que no me alcanzan las bolsitas.

**M:** “Yo te regalo, mi sobrina empezó a trabajar en una fábrica de bolsas. La hija de mi hermano Tomás. Tengo dos hermanos: Tomás y Matías, son más grandes. Están como locos, porque son re celosos de Antonito. Tomás está con sus problemas, porque él también se separó, la mujer se acostaba con otro. Tomás siempre le decía “vos estás con otro” y ella le decía que no y discutían. Yo lo sabía, porque era el hermano de la amiga de mi ahijada. No dije nada, si es para quilombos, para qué me voy a meter. Ahora Tomás está con otra... con Shakira. Ella también lo engaña, todo el tiempo, sale con otros tipos. El otro día estaba en la casa y la vi en la cama con otro. Me dan unas ganas de revolearla de los pelos. Y mi papá, la quiere matar, siempre me dice: “dejame, que un día la voy a agarrar y la mato a trompadas”.

**L:** Ché, ¿Te parece, matarla a trompadas?¿No habrá otra forma de arreglarlo?

**M:** “Bueno, a ella por ahí no; el otro día los pescó y a ella le dijo: “vos andate” pero al tipo, lo agarró y le pegó una trompada que le rompió la cara. Mi otro hermano también tiene un quilombo, porque la mujer lo engaña y se separó. Lo engaña con el otro hermano de Antonito. Bueno, mientras sacás la cuenta de cuánto es, me voy a buscarte las bolsitas”.

#### **Escena 4**

**M:** “¿Sabés?, vamos a hacer una fiesta dentro de unos días. Porque nos vamos a comprometer con Antonito”.

**L:** ¿Pero entonces estás enamorada o seguís enamorada de Julián?

**M:** “No, lo de Julián se terminó porque me cansé de que me grite, que salga con otras. El ya tampoco quiere volver, porque quería formar una familia y yo no, para qué, para que los chicos vuelvan del colegio y me vean llorando, para eso no. Julián, también estaba mal, hace poco se murió el papá ¿vos sabías que murió don Juan? [decime: “¡don Juan!¡no te puedo



creer!"]. Sí, murió hace cinco días ¡Pobre Julián! Muere el padre y a los cinco días nos separamos. Por eso está muy nervioso”.

### Escena 5

Jugamos por última vez, le aviso que falta poco para que termine la sesión. Soy la vendedora, ella la clienta. Parece que es otra clienta, diferente.

**M:** “¿Te contó la señora de al lado que se va a casar con Antonito de la Rúa? Como él es multimillonario van a hacer una fiesta re grande. Me dieron dos invitaciones así que te voy a dar una”.

**L:** ¡Gracias! ¿De verdad, me vas a dar una a mí?

**M:** “Claro, si sos mi mejor amiga...”

Compra muchísimas cosas.

**L:** ¡Me voy a quedar sin mercadería! Tengo pocas cosas por el robo ¿Sabías que la semana pasada nos robaron?

**M:** “Por eso tenés pocas cosas. Pero, entonces, mejor que vendas todo, así te traen las cosas nuevas...”

No hubo tiempo para hablar del juego, en aquél momento. Micaela estaba apurada, luego de cada escena se apuraba a jugar la siguiente; mucho drama por contar, drama que no cabía en las palabras, en sus palabras. Sólo podían contarlos sus personajes del supermercado. Pesos en vez de centavos: cuánto valía para Micaela su espacio terapéutico, cuánto le costaba tomar y después irse, qué caros los productos, vistos desde lejos; qué costoso le había resultado todo, desde pequeña. Trata de entender qué se lleva y qué me deja, cómo me paga, con qué me quedo de ella. La historia es violenta y lo sabe, intenta sustraerse lo mejor que puede, pero no siempre se puede esconder uno durante la tragedia. Quizá no debió estar nunca allí, para qué hacer partícipes del drama de pareja, de familia, a los hijos. Confía en que vendrán cosas nuevas, e intenta una defensa maníaca: deshacerse del pasado, vaciar mis góndolas, casarse con un millonario, vivir en una mansión, rodeada de bellezas; piensa que vivirá sin amor. El amor debe asustarla, las pasiones desatadas entre hombres y mujeres se le tornan rápidamente, violentas y destructivas.



Y el tratamiento se interrumpió allí, donde se estaba iniciando.

### **Aquel dibujo**

Durante aquellas primeras entrevistas pensé que el dibujo de la familia, donde me incluyó, era una muestra de confianza, su modo de decir tácitamente que ella sí quería pensar, que estábamos juntas para ello, que sabía que yo estaba para ayudarla.

Luego de un tiempo, regreso a este caso y se me ocurren otras líneas de lectura. Pienso al dibujo como una pregunta, su modo de decir, tácitamente: *"¿vos sos parte de este quilombo de Locos Adams?"*

En aquél momento no supe interpretarlo.

Me queda aquélla última escena del súper, cuando es otra y se ubica por fuera de la familia de locos, Adams, Antonitos, Shakiras y Julianes; apenas una invitada a la fiesta de los locos, que encuentra una amiga que la acompañe.

Si el dibujo era una pregunta, si no supe entenderlo de ese modo, hoy veo que ella misma se tomó el tiempo necesario para averiguarlo y, finalmente, supo responderse. Yo no era parte del quilombo, su espacio terapéutico le confirmaba que ella tampoco tenía que serlo.

Cuando se fueron sugerí a Silvia, de un modo muy firme, que reiniciara el tratamiento de Micaela y que también ella podía buscar un terapeuta para sí misma. Se había iniciado allí un movimiento, un trabajo. Y estaba lejos de haber concluido. Al mes me comuniqué telefónicamente con ellas. Parecían contentas con la mudanza. Sin que se lo pregunte, Silvia me contó que estaba averiguando qué servicios psicopatológicos existían en los hospitales de la zona. Ojalá ambas se hayan reencontrado con un espacio terapéutico, mejor dicho, ojalá que esta vez, hayan sido dos.

*Primera versión: 21/2/06*

*Aprobado: 10/4/06*

**Leandra Zrycki**  
**Ciudad de la Paz 2149, 2º "F"**  
**(1428) Ciudad de Buenos Aires**  
**Tel.: 4781-6682**  
**leandrazry@gmail.com**